

David Rothkopf, *Superclass, the global power elite and the world they are making*
(Farrar, Strauss and Giroux, New York, 2008, 376 pp.)

Sebastián Huneus Valenzuela*

*“La clave son las redes. Al final,
el mundo es muy pequeño”*

Steve Schwarzman

Fundador y presidente de la firma
de capitales Blackstone

El libro de Rothkopf es un análisis detallado sobre las principales redes sociales que hay detrás del triunfo del libre mercado en la actualidad. El autor observa a la élite desde cerca, ya que es el presidente de la firma consultora Garten Rothkopf –de la cual el ministro de Hacienda de la Presidenta Michelle Bachelet, Andrés Velasco, ha sido cliente. Es un análisis de las redes sociales a nivel de la *élite de la élite* y de cómo este grupo pequeño, formado por 6.000 personas, tiene el poder suficiente como para afectar la vida del resto del mundo. El poder, señala el autor, hoy más que antes está súper concentrado. Sin caer en teorías conspirativas, realiza un análisis de los principales grupos dominantes que constituyen lo que antes Charles W. Mills estudió en su libro *La élite del poder*: la élite económica, política, militar y cultural.

Desde el principio, Rothkopf declara estar continuando el esfuerzo sociológico de Charles Wright Mills: comprender a la élite del poder implica necesariamente observar a la élite del país más poderoso del mundo. Pero a la vez, Rothkopf está yendo más allá de los límites históricos de la mirada de Mills. La razón es que actualmente las economías están más interconectadas y abiertas que antes y esta evolución ha tenido importantes efectos sobre la conformación política y económica de las élites mundiales. Un análisis de la élite del poder debe comprender el fenómeno de la globalización, lo que implica comprender a los grupos que han surgido al alero de las economías emergentes, de las multinacionales y de los centros de poder distribuidos mundialmente. Hoy en día existe una élite internacional, multicultural y multirracial, que está interconectada y que está escribiendo la agenda sin un contrapeso a nivel de los gobiernos internacionales: “Hoy,

* Licenciado en Sociología, Universidad de Chile. E-mail: shuneus@gmail.com

la élite más poderosa son ciudadanos más vinculados con las finanzas internacionales que con las políticas nacionales” (p. 20). Rothkopf describe a un individuo “promedio” de la superclase: “Aunque casi no hay circunstancias en las cuales alguien podría denominar a Steve Schwarzman como “promedio”, él es en varias formas un miembro promedio de la superclase. Es blanco, americano, hombre, tiene cerca de sesenta años y es el director ejecutivo de una firma global que junto a su socio Pete Peterson levantaron a partir de la nada. Está comprometido con las artes, trabajando como presidente del Kennedy Center, es influyente en política y asistió a las escuelas de negocios de Harvard y Yale” (p. 311).

Esto es lo que a Mills no le tocó vivir. Enfocando el análisis en los miembros de la súper clase, el libro remite a los estudios de redes sociales actualmente realizados por John Scott (“Modes of power and re-conceptualization of elites”, en John Scott (ed.): *Taking stock of elites: recognizing historical changes*, Blackwell Publishing, Oxford, 2008). Para esto considera simultáneamente a la clase económica (o burguesía) y al conjunto de posiciones estratégicas en el ámbito de la política, militar y cultural que son, en última instancia, funcionalmente adecuadas para los intereses de la sociedad de mercado. Su observación sociológica es que estos grupos están interconectados y fuertemente cohesionados. Así, el autor logra observar que todo individuo posicionado en la cima de la pirámide social está circundado (o “blindado”) por redes sociales en distintas esferas de la sociedad. Aplicando este análisis, se percata de la frecuencia con que se da la incorporación al mundo de la alta política viniendo del mundo de los negocios como el actual presidente de Italia, Silvio Berlusconi. Así también, se colige la importancia que tienen las reuniones como la cumbre de Davos y algunas “rutas de acceso” a la súper clase como por ejemplo haber estudiado negocios en Stanford o Princeton. Con un análisis equivalente, el autor tematiza la “puerta giratoria” existente entre el poder bélico y el sistema político estadounidense: “Según el New York Times, “los ex ejecutivos de Lockheed trabajan en la Mesa de Políticas de Defensa (Defense Policy Board), la Mesa de las Ciencias de Defensa (Defense Science Board) y el Consejo Asesor de Seguridad de la Tierra Natal (Homeland Security Advisory Council)” (p. 204).

Si hubiera que posicionar a Rothkopf dentro de algún paradigma teórico este sería el de Mills, dado que clasifica a los individuos adentro de la “súper clase” (entiéndase “élite del poder”) cuando ocupan posiciones de alto nivel en organizaciones económicas, políticas, culturales o militares. Si bien el autor le concede un grado especial de importancia al subgrupo económico dentro de la súper clase, el criterio de pertenencia a la súper clase es tener “mucho poder” (la capacidad para influenciar a millones de personas de manera coercitiva, económica, espiritual o de otro tipo) antes que ejercer posiciones de control sobre los medios productivos. Adentro de la “súper clase” están desde Barack Obama hasta Paulo Coelho. Por ejemplo, es considerado dentro de la superclase “Amr Khaled, un contador egipcio que se transformó en una súper estrella de la televisión musulmana, habitualmente se dirige a millones (de personas) por medio de sermones televisivos y proselitismo-web” (p. 247). Dentro del subgrupo de la élite económica, analiza a los altos ejecutivos de las principales compañías trasnacionales, como Wal-Mart y el gigante petrolero, ExxonMobil, y de las principales entidades financieras, como Goldman Sachs.

Habiendo posicionado a Rothkopf dentro de un mapa teórico de tradiciones sociológicas, vale hacer un escueto recorrido por el libro. Para ello, en primer lugar, aclarar que se trata de una investigación empírica, aunque no queda demasiado clara su metodología ya que no explicita el tipo de instrumento aplicado, ni el muestreo ni el método de análisis de los datos. Por esta razón, la obra puede ser clasificada también como un ensayo de sociología, dado que esta forma puede prescindir de las pruebas explícitas a la hora de establecer las conclusiones. Esta "laxitud" del método científico tiene la virtud de que le concede al autor la libertad ensayística para mezclar, de forma fluida, datos empíricos con opiniones personales que esclarecen su posición política concediéndole a la vez cierto atractivo literario a la narración. Por citar alguna, a propósito de la pobreza extrema y de la desigualdad: "Primero, existe la desigualdad económica. Segundo, está empeorando en algunos lugares. Tercero, aquellos con más poder son los que están mejor posicionados para solucionarla" (pp. 65-66).

En el primer capítulo se presenta a la súper clase: el tema central es que "cada uno es uno en un millón" (cap. I). En un mundo compuesto por seis billones de personas, la superclase la conforman seis mil individuos. La superclase es un conjunto de posiciones sociales clave unidas por canales formales e informales que trascienden las barreras nacionales y en donde el sector privado juega un rol preponderante. Estructuralmente se define por su grado de interconexión, que generalmente es mayor que la que tienen con la élite nacionalmente arraigada de sus propios países. La concentración extrema del poder conlleva a la pregunta de cuál es su principal ventaja por sobre las otras élites tradicionales. La respuesta es "accesibilidad", es decir, tener acceso a los contactos adecuados gastando la menor cantidad de tiempo posible a una escala global.

El segundo capítulo es particularmente interesante dado que le dedica varias páginas al caso chileno. Dice el autor que "Chile is not a country but a country club" (p. 55). Lo que guía a este capítulo es la descripción del contexto social en que se ubican los supermillonarios. ¿Son justos estos niveles de desigualdad? "En Chile uno no puede sino impactarse por la muy estratificada naturaleza de su sociedad" (p. 55), llega a señalar. Con respecto al núcleo duro del poder en Chile, señala que "El club incluye a algunas familias claves: Angelini, Matte, Piñera, Luksic, Saieh, Claro, Edwards y unas cuantas otras. Según un amigo, "ese es el círculo interno, y no puedes lograr que se haga nada significativo si no tienes a algunos de ellos de tu lado" (p. 56).

El tercer capítulo es teórico y realiza un recorrido histórico sobre algunos temas relacionados con el surgimiento de las instituciones democráticas en Grecia al alero de aristocracias y tiranías; el surgimiento del nacionalismo imperialista chino y la conformación de una élite empresarial en Estados Unidos. También le dedica algunas páginas a Rockefeller y Carnegie, que son el corazón del actual sistema de empresas multinacionales.

El capítulo cuarto ahonda sobre el poder económico de la súper clase y algunos de sus aspectos empresariales. En comparación con la mayoría de los países, constreñidos por sus barreras políticas, las multinacionales tienen altos grados de libertad para decidir sobre las cosas que afectarán la vida de miles o millones de ciudadanos como, por ejemplo, los sueldos,

los puestos de trabajo y los precios de los productos. Uno de los aspectos más relevantes de esta súper clase empresarial es que está bien integrada por medio de redes sociales con la élite militar, política y cultural. Este también es el tema del capítulo quinto, que se concentra sobre el poder político de la súper clase y de las redes sociales que ayudan a sostener y levantar a algunos de los hombres más poderosos del mundo como, por ejemplo, al presidente de Estados Unidos. A nivel de la política exterior y de los parlamentarios también es posible encontrar patrones idénticos: buenas relaciones con el mundo empresarial siempre son un trampolín que sirve para saltar al círculo de mayor concentración de poder. Un tema relevante tocado por este capítulo es la obsolescencia de los organismos intergubernamentales como la ONU –escasamente escuchada por EEUU al momento de iniciar una guerra con Irak en el 2001– y cómo la élite global logra organizarse por sobre las jurisdicciones nacionales, por ejemplo, a la hora de realizar operaciones financieras como las que causaron la crisis del 2008.

El capítulo sexto está enteramente dedicado a la concentración del poder bélico. Estados Unidos, primera potencia bélica, debe parte de su crecimiento económico desde la Segunda Guerra Mundial en adelante a un estado de “guerra permanente” que le ha permitido cuidar a su industria bélica y modernizar su ejército constantemente. Las élites militares también conforman un selecto club que muchas veces juega un papel relevante en las relaciones exteriores de los países. Muchos de los altos mandos de los principales ejércitos del mundo se han formado en escuelas en Estados Unidos que les permiten cultivar relaciones personales y saltar al interior del mundo de los negocios.

El fenómeno de la revolución digital es abordado en el capítulo séptimo, el cual trata cómo la globalización ha ayudado a renovar a las élites, incorporando a nuevos individuos que se han enriquecido gracias al desarrollo informático y de las comunicaciones. Pero también trata el tema de la oportunidad que ofrecen los modernos medios de comunicación para el surgimiento de nuevos líderes de opinión, como los blogs, y de estrategias para influenciar masivamente a la opinión pública y las decisiones políticas, como las grabaciones de Osama Bin Laden que circulan por internet y luego por CNN.

Los últimos dos capítulos ofrecen un resumen a las principales ideas del libro: que existe una élite global cuyas redes sociales y espacios de acción exceden las fronteras nacionales, que esta élite se está fortaleciendo más rápido que las instituciones gubernamentales y que coexiste con alarmantes niveles de desigualdad. Esta élite tiene ciertos rasgos comunes, como por ejemplo, haber pasado por universidades de élite como Harvard. La base de su poder es cultivar relaciones sociales con el mundo político, económico, militar y cultural y moverse fluidamente en su interior: “Entre los casi seis mil miembros de la superclase hay múltiples enlaces que llevan de uno a otro. Asociaciones de negocios. Inversiones. Membresías de directorios. Viejos lazos de escuela. Barrios exclusivos. Terminales de aviación. Reuniones. Restaurantes. Hoteles” (p. 48).

El libro concluye dejando varios elementos para pensar, como por ejemplo, que “el gran desafío para nuestro siglo es aceptar que la era de la nación-estado como la hemos conocido

(...) ha finalizado” (p. 322) o que “la Historia son las historias de la negociación entre los ricos y poderosos y los menos afortunados” (p. 323) lo cual se relaciona con lo siguiente: “mi conversación con los líderes de Chile y con expertos como McLarty y Naím generan un torrente de nuevas preguntas. Si las élites nacionales juegan un rol en la evolución de la desigualdad en sus propios países, ¿las élites globales juegan un rol equivalente a escala global?” (p. 64). Otro elemento relevante para el análisis es la consecuencia que tendrá el desplazamiento del eje del poder cuando los gigantes asiáticos se levanten: “En la medida que el centro de gravedad se desplace, algunos de los valores centrales cambiarán” (p. 14). El libro también ayuda a vertebrar algunos de los problemas existentes a nivel de la relación entre el mundo público y privado en la actualidad cuando se celebran encuentros como la cumbre de Davos, Bilderberg y el Foro Económico Mundial. Para el caso de la sociología en Chile, de esta obra se desprende el desafío de que las investigaciones venideras sobre las élites incorporen la dimensión de lo global. De este modo se podrá avanzar hacia una comprensión sociológica más cabal de las causas y los efectos de la globalización económica en la región.